

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

SONETO.

Como la estrella que en el Norte mora,
Luz y consuelos al viajero envía,
Así la amable Imagen de María
Que en *Tepeyac* el mexicano adora.

No es la sonrisa de naciente aurora,
No es tan dulce la luna en noche umbría,
Como el aspecto de esa Virgen pía
Que en celestes afectos enamora.

Jamás podrá el linaje mexicano
Olvidar ese día de ventura,
En que del *Tepeyac* el cerro y llano

La gloria vieron de la Virgen pura;
Allí el *templo* á su culto soberano,
Allí la Imagen, de Ella misma hechura.

Morelia, 1865.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

SONETO.

Non fecit taliter omni nationi.

Cuando amanece al pueblo mexicano
De la verdad el venturoso día,
Dios, á su Madre esa iración confía,
Porque es la Madre del linaje humano.

La Reina, de su solio soberano,
Al *Tepeyac* descende, y la armonía
Y el fulgor de la gloria de María
Truecan en cielo el *Tepeyac* y el llano.

Y allí su voz que la quietud inspira,
La paz de Dios al mexicano augura,
Y en *ese ayate*, con primor que admira,

La misma Virgen pinta su hermosura.
¡No cuenta otra nación en sus anales
Del amor celestial favores tales!

Morelia, Noviembre de 1866.

SANTA TERESA A JESUCRISTO.

SONETO.

Reine mi Dios, el adorado mío,
Sobre este corazón que tanto le ama;
¡Cuánto en su amor el ánima se inflama
Agitada de dulce desvarío!

Ese mi bien por el que triste ansío,
Cual por su patria el desterrado clama;
El cielo que me espera, que me llama;
Eres ¡oh Cristo! á quien mi lloro envío.

Al monte de la mirra en busca tuya
Iré y del incienso á la colina,
Hasta que el día lánguido concluya.

¿Donde moras, mi bien, sombra divina?
De este valle de llanto presto huya,
¡Oh Cristo, oh hermosura peregrina!

Morelia, Julio de 1873.

SAN FRANCISCO DE ASIS.

SONETO.

En sólo Dios encuentra su tesoro,
Sólo en el Padre celestial confía;
Riqueza y padres al dejar un día
Dirige al cielo su amoroso lloro:

“Padre, diré mejor al bien que adoro,
Al Dios por quien suspira el alma mía,”
Clama, y lleno de angélica osadía
Enseña al mundo á despreciar el oro.

De Asis el mercader se torna breve
En celeste querub, sensible su alma
Sólo en Jesús encuentra su consuelo;

Y el buen Jesús, á quien amor conmueve,
Cifre á su siervo apetecida palma:
Le dá gloria en la tierra y en el cielo.

Morelia, Septiembre 19 de 1873.

EL PATROCINIO DE SEÑOR SAN JOSE.

SONETO.

José feliz, acuérdate piadoso
De los que invocan férvidos tu nombre,
Tú á quien se juzga padre del Dios hombre
Y de María verdadero esposo.

Tú eres el siervo veces mil dichoso.
¡Quién hay que al ver tu dicha no se asombre!
En cielo y tierra es grande tu renombre;
Lllaman tu Hijo al Santo y Poderoso.

Humilde, oscuro, pasas por el mundo;
Mas hoy tu gloria es alta y esplendente;
Así exaltado de penar profundo

Fué otro Josef entre la egipcia gente.
Tú que cual del Eterno eres segundo,
Sé propicio á tu pueblo reverente.

México, Abril de 1876.

SEÑOR SAN JOSE.

Así como en los días
De Jacob el anciano
En Egipto verías
Al perseguido hermano,
El uno de los príncipes,
El hijo de Raquel,
Pobre desconocido
Entre profana gente,
Pero de Dios querido,
Su siervo preferente;
Tal vieras al artífice
José de Nazareth.

Lirio en el valle oscuro,
Es de humildes modelo,
Casto como ángel puro,
Justo á quien ama el cielo:
El cielo "padre" llámale
Del Verbo divinal.

Y en tanto, el victorioso
César con sus legiones,
Y Herodes ambicioso,
Y todas las naciones,

C.—16.

¿Fueran de un pobre súbdito
Tal honra á imaginar?

—
Pobre, bien que nacido
De real é illustre gente,
De David el ungido
De Salomón potente;
Que así, no alguno viérase
Digno de más honor.

Mas eso ¡qué valiera
Junto al favor del cielo!
Sabad: la que venera
El ángel con anhelo
Su esposa es, la cándida
Madre del alto Dios.

—
El Cristo, luz del mundo,
Verbo de Dios nacido,
Del Padre amor profundo,
Dios de Dios, ha querido
Llamarse ¡quién creyéralo!
El Hijo de José.

Digno fué hallado éste
De aquel honor ansiado,
De aquel fruto celeste
A mil justos negado,
A varones y vírgenes
Del pueblo de Israel.

Lo que Moisés no viera,
Ni Jacob en sus días,
Lo que David pidiera
Y Daniel y Ezequías:
Al Hijo del Altísimo
José tuvo en su lar.

Hé aquí el varón prudente,
¡Cuánto su honor y gloria!
Dios le amó, toda gente
Honrará su memoria;
Sus días fueron prósperos,
Llenó su vida en paz.

—
¿Por qué, empero, su porte
Ni grande ni glorioso,
Ni en pos la real corte
Ni el pueblo clamoroso.....?
¿No le canta los ángeles
Digno de grande honor?

¡Ah! su hijo no viene
Cual rey de gloria vana,
Ni es hora al mundo llene
De gloria soberana;
¿Honrado al siervo quiérese,
Sin gloria su señor?

—
Porque, ¿quién ha creído
A la voz de Isaías,
O revelado ha sido

A quién ese Mesías.....?
 No de aspecto magnífico,
 Ni espléndido se ve.
 Vámosle despreciado,
 De la plebe desecho,
 Su rostro avergonzado,
 Al dolor hombre hecho.
 ¡Ve al Señor! ¡al doméstico
 Quién podrá conocer?

José ¡cuán semejante
 A su Señor se viera!
 No de aspecto arrogante
 Ni de palabra fiera,
 Ni de faz melancólica;
 Dulce como Jesús.

Siervo á quien Dios ayuda,
 ¡Quién igualó su suerte!
 Bien es que cruel duda
 Probó su pecho fuerte;
 Mas ¡qué gozo al angélico
 Anuncio de salud!

¡Qué feliz, cuando al Hijo
 Adora de María,
 Y escucha el regocijo
 De celeste armonía;
 Cuando buscan los árabes
 Al hijo de David!

Bien es que un rey malvado
 Perder al niño quiere,
 Huye José angustiado,
 Prole inocente muere;
 Vuelto á su hogar ¡cuán plácidos
 Días miró hasta el fin!

Mas, en Jesús Dios vivo,
 Si el mundo no creyera,
 ¡Cómo á la honra esquivo
 De su siervo no fuera,
 De su siervo el artífice
 De incógnita región?

Empero, la victoria
 Al cabo será dada
 A quien la falsa gloria
 Hubo del mundo en nada,
 A quien buscó solícito
 El reino de su Dios.

¡Vosotros los que hubisteis
 El alma humilde, pura,
 Por Dios alzados fuisteis
 Del polvo á grande altural
 De Efraín el padre dígalos
 Y el padre de Jesús.

Faraón al triste hijo
 De Jacob «padre» llama,
 Con grande regocijo

La multitud le aclama;
 ¡Del nazareno artífice
 Quién premia la virtud?

—
 ¡Ah! de su triunfo el día
 Le espera allá en los cielos;
 ¡Qué nombre, qué valía!
 ¡Qué gloria, qué consuelos!
 «Padre del Unigénito»
 Pudiérase decir.

Y á vista de la hueste
 Angélica gloriosa,
 Junto al trono celeste
 De María su esposa,
 Reina el humilde póstero
 De Jacob y David.

—
 ¡O Tú, de raza nuestra,
 De Raquel dulce anhelo,
 Cual hermano te muestra
 De los que en este suelo
 Han hambre del Pan místico
 Que en guarda tuya fué!

Tú, de la Virgen pura
 El esposo querido,
 Con ella nos procura
 La gracia del Ungido,
 Su paz durante el tránsito,
 Su gloria en el Edén.

Morelia, 1873.

LA FIESTA DE "CORPUS CHRISTI."

—
 Al rey de reyes démos
 Gloria y honor y alegres le adoremos,
 Llenando el corazón júbilo santo.

—
 La hostia de amor divino
 Que de los cielos á la tierra vino
 De gozo insigne inspire nuestro canto.

—
 Sión, feliz imperio,
 Canta y celebra el célico misterio
 Del pan y el cáliz de la alianza nueva.

—
 ¡Señor de las victorias!
 Esta es la grande de tus grandes glorias;
 No hay don que á la alma en grado tal conmueva.

—
 Tú, Rey omnipotente,
 Cuya grandeza vive eternamente
 Entre esplendores de eternal ventura,

Desciendes á la tierra
Y en el místico pan un Dios se encierra,
Manjar de amor, de amor ofrenda pura.

Para que nada falte
Y tú bondad nuestro cariño exalte,
Con una prenda de favor preclaro,

De la cruz el madero
No te basta: pan vivo verdadero
Eres también para el mortal avaro.

Cristo, no sé que siento
Al contemplar tan dulce sacramento;
Faltan palabras y el aliento falta;

De amor delirio santo,
Delirio de confianzas y de espanto
Inspira al pecho dignación tan alta.

Nuestros padres comieron
El maná milagroso; ¡mas no hubieron
Aqueste pan de verdadera vida.

Pero nos dió al Ungido
El Padre celestial, y ya cumplido
El tiempo, á regia mesa nos convida;

Y el manjar que en la altura
Es para el ángel perennal dulzura,
Se le ofrece al mortal en su camino;

Y como en triunfo fuera
En el arca el maná la vez primera,
Triunfa también este maná divino.

Triunfa ¡oh Dios! nuestros pechos
Férvidos queden en tu amor deshechos;
Tú eres amor, de amor es tu victoria.

Apláudate la gente
De corazón sencillo é inocente
Y los reyes también te rindan gloria.

¡Qué contento, qué gozo
Si miro de Sión el alborozo
Con que celebra del Señor la fiesta!

Si allá dentro del templo
El pan del cielo en majestad contemplo,
Dominar la emoción mucho me cuesta,

Cuando se alza sonoro
Himno de gloria en concertado coro,
Al Cordero de Dios, al Cristo amable.

Y si en triunfal salida
La sacrosanta hostia es conducida
Del cañón al estruendo formidable.

Al sonar de campanas
Que anuncian las bondades soberanas,
De ternura Israel prorrumpe en lloro.

¡Cuánto es bueno y clemente
El Dios que adora la cristiana gente,
Dios de verdad probada como el oro!

Profetas anunciaron,
Prodigios tu verdad nos confirmaron;
¿Quién ya dudar de tu bondad podría?

No bajo la apariencia
De aqueso pan descubro tu presencia;
Pero tú eres el Dios del alma mía.

Tanta bondad me abruma,
Ni hay alguien que explicármela presuma;
Mas tú hablaste, oh Señor, y yo te creo,

Te bendigo y te amo,
Mi Señor y mi Dios yo te proclamo,
Y creer más y amarte es mi deseo.

¡Oh piedad sin medida!
¡Oh de clemencia dignación cumplida!
Nunca falte tu amor al pecho mío.

¡Sacramento de amores!
Para Ti serán siempre mis loores
En tiempo bueno, en ardoroso estío.

Cristo Jesús, que velas
Hoy en el pan con que mi amor consuelas,
Esa gloria de altísimo contento,

Espera el alma mía
De tu bondad, que en el eterno día
De esa gloria le des el alimento.

México, 1875.